

La agilidad política de Juárez y la marcha atrás, a tiempo, aprovechando la crisis del problema esclavista posibilitaron la floración de su figura hasta su plenitud que, a fin de cuentas, Fuentes Mares admira y ensalza después de una cuidadosa *mise au point*.

El tomo acompañado de copias facsimilares de los principales documentos se apoya en una bibliografía amplia acompañada de suficiente documentación, sin faltar dos apéndices con el texto completo del tratado y de la convención.

Estamos seguros de que esta nueva investigación será leída con interés por los historiadores que reconocerán ampliamente en ella el mérito de un trabajo profundo a la vez que la claridad y la sencillez, a veces acompañada de un lenguaje casi de coloquio.

Carlos BOSCH GARCIA,
Universidad de México

IMPERIALISTA DESENGAÑADO

PUEDA DECIRSE que uno de los mexicanos que más contribuyeron a la elevación del Archiduque Maximiliano al trono de México, fue sin duda don José Manuel Hidalgo, quien vino al mundo en la capital de la República el 6 de abril de 1826, hijo de un coronel español que se había unido a Iturbide para consumar la independencia de nuestro país y de una hermana de don Antonio María Eznaurrizar, Tesorero General de la Nación en la época de Santa Anna. En 1847 defendió a la patria en Churubusco bajo las órdenes de don Manuel Eduardo Gorostiza, quien elogió su valerosa conducta frente al enemigo, el cual lo hizo prisionero.

Al recobrar su libertad por el tratado de paz entre México y los Estados Unidos, el Presidente Peña y Peña nombró al joven Hidalgo agregado a la Legación de México en Londres; pasó poco después a Roma bajo las órdenes del ministro don Ignacio Valdivieso, distinguido caballero y gran diplomático que fue su maestro en ese arte, actualmente en decadencia. Siguió a la corte pontificia a Gaeta, en donde se dio a querer de Pio IX, el cual siempre le guardó benevolencia. En 1853 fue enviado de nuevo a Londres donde hizo muy buenas amistades. Se le ordenó trasladarse a Washington, pero a última hora se le cambió a Madrid, por influencia de Gutiérrez de Estrada, quien quería contar con la ayuda de Hi-

dalgo en la villa y corte a causa de su proyecto de hacer que un miembro de la familia real española ocupara el trono de México, con lo que simpatiza Hidalgo. Aunque fracasó esa iniciativa, Hidalgo no olvidó la idea y pasó a París en 1857; allí se le exigió el juramento de la Constitución, a lo cual se negó, y fue destituido por el gobierno liberal. Poco después fue nombrado de nuevo secretario de la Legación en París, por el gobierno conservador, del cual era ministro el general Almonte.

Hidalgo logró hacer muy buena amistad con la Emperatriz Eugenia la cual dio muy buena acogida a la idea de poner un príncipe europeo al frente de los destinos de México, como se esforzaban en obtener Gutiérrez de Estrada y Almonte aunque fuese a costa de una intervención de los países europeos que tenían querrela con el Gobierno de Juárez, protegido a su vez por los Estados Unidos, entonces divididos en lucha fratricida. Gracias a los esfuerzos de Hidalgo se logró que ese grupo firmara el tratado Mon-Almonte, que facilitaba la expedición militar de Francia, España e Inglaterra a playas mexicanas. Hidalgo también gestionó dos empréstitos con banqueros europeos para financiar la empresa, sin tomar para sí la comisión que legalmente le correspondía, de lo cual se arrepintió. Fue quien con más ahinco propugnó por la candidatura del Archiduque Maximiliano de Austria, que por sus ideas liberales fue aceptado por Napoleón III, aunque no contó con el apoyo de Isabel II ni del general Prim, a quien se dio el mando de las tropas españolas y a última hora pactó por separado, lo mismo que Inglaterra, por lo que Francia quedó sola con la empresa, con evidente satisfacción de Napoleón III. La ayuda francesa a la unidad italiana y la costosa intervención en México dieron lugar para que Prusia aprovechara los errores de la política exterior francesa y le asestara el golpe que derrumbó al segundo imperio.

Napoleón III, frente a los ataques que en Francia recibió su política intervencionista en México, pidió, de un modo muy discreto, la separación de Hidalgo de la misión diplomática mexicana en París, cuya jefatura le había otorgado Maximiliano en vista de sus buenas relaciones con las Tullerías; Maximiliano actuó en forma torpe e Hidalgo quedó resentido y agriado para todo el resto de su vida. Fue llamado a México por el Emperador y vino engañado, pero al darse cuenta de que se le separaba del servicio diplomático de mala manera, no aceptó el nombramiento de Consejero del Emperador que se le ofreció, pues por haber sido el principal

organizador del imperio merecía, a su modo de ver, los más altos honores y sueldos. Maximiliano le pagó mal haber sido jefe de la comisión de notables mexicanos que fue a Miramar a proponerle el trono, y Carlota no pudo convencerlo de que aceptara lo poco que se le ofrecía, por lo que indignado regresó a París, en donde la hábil diplomacia francesa le dio toda clase de seguridades de que era falso que las Tullerías hubieran pedido su salida. Esto último hizo que Hidalgo conservase siempre buena opinión de Napoleón el Pequeño y de Eugenia de Montijo, aunque no se sabe que haya vuelto a ver a la ex emperatriz después de su caída. Su disgusto con Maximiliano y Carlota no lo exteriorizó más que a sus íntimos, guardando discreto silencio, que le valió ser recibido con gran benevolencia en varias cortes de Europa, contando particularmente con la amistad del ex rey de Nápoles Francisco II de Borbón-Dos Sicilias y Saboya, duque de Calabria, destronado por la Unidad Italiana en 1860, muerto sin sucesión en 1894.

Poco se sabía sobre la vida mundana y de íntima pobreza de don José Manuel Hidalgo en París, después del fin de su carrera diplomática al caer los imperios de México y Francia, pero gracias a la publicación de las cartas que escribió a don Luis García Pimentel,¹ que acaba de hacer la señora doña Sofía Vereá y Corcuera de Bernal, se ha podido conocer la halagüeña situación social de que disfrutaba en París, en donde era invitado a las mejores recepciones de la alta sociedad francesa e internacional, respetándosele su carácter de antiguo ministro extranjero. Además se dan a conocer detalles de su gran pobreza, que ocultaba en la mejor forma posible con un exterior agradable y cumplido con las damas, con las cuales gozaba de grandes favores. Vivía de una pequeña pensión que le otorgaba discretamente un rico mexicano que favoreció a varios arruinados por la caída del imperio de Maximiliano, del que fue poderoso instrumento el señor Hidalgo; pero jamás recibió ayuda pecuniaria de las cortes de Viena o de Bruselas, como hubiera sido justo, dada la gran discreción con que guardó muchos secretos del fallido imperio y de sus monarcas.

Debido a la grande y recta amistad que por Hidalgo profesaban a don Félix Galindo Pimentel, la señora doña

¹ *Un hombre de Mundo Escribe sus Impresiones. Cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, Ministro en París del Emperador Maximiliano.* Recopilación, Prólogo y Notas de Sofía Vereá de Bernal. México, Editorial Porrúa, 1960.

Concepción López Pimentel de Cuevas y el señor don José Cuevas, estos últimos residentes mexicanos en París, por ser ella tía de don Luis García Pimentel, pudo este último obtener que el señor Hidalgo se resolviera a revelar su participación en el establecimiento del segundo imperio mexicano; resultando en una amistad epistolar que fue para el alma atribulada de Hidalgo una válvula de escape para sus íntimos pensamientos, garantizados por la discreción y caballerosidad de don Luis García Pimentel, quien desgraciadamente murió sin haber escrito la historia de Maximiliano en México, como se proponía.

En esas cartas no solamente se encontrarán importantes datos para la historia del segundo intento imperialista mexicano, sino que también se dan a conocer curiosos datos de la actuación de varios miembros de la aristocracia mexicana que vivían entonces en París, o que cuando menos pasaban largas temporadas en el antiguo continente. Las graciosas y a veces malignas anécdotas que relataba Hidalgo a su amigo, quien al parecer gozaba con esos mal intencionados relatos, son propiamente la parte más interesante del volumen, pues auxilian al que estudia la vida de los ausentistas en Europa.

Los autores de muchas de esas aventuras aparecen discretamente velados en la versión de la señora Bernal, que los encubre muchas veces con nombres supuestos; pero un perspicaz observador sabrá identificar a muchas de las personas que desfilan por esa correspondencia, disfrazadas algunas veces de un modo prudente.

Las novelas que escribió el señor Hidalgo no son modelo de literatura, aunque sí de moralidad y discreción. En cambio sus cartas, más espontáneas y sencillas, son mil veces más interesantes, ya que revelan su íntimo ser, católico y mundano, decepcionado de las vanidades; que, sin embargo, fue fiel a ellas hasta el último, pues murió temiendo que las exigencias de un adeudo, que contrajo para pagar gastos efectuados por su madre y hermano en la última enfermedad de éstos, le pudieran ocasionar el fin de su excelente situación social en las altas esferas de París, que constituía su único consuelo y era al mismo tiempo motivo de sus penas. Así falleció en París, el 26 de diciembre de 1896, víctima de un ataque violento, pocos meses antes de que se vencieran los documentos que legalizaban el adeudo que contrajo, el cual, según parece, fue pagado por el señor García Pimentel en homenaje a la amistad de Hidalgo le dispensó y de la cual son pruebas evidentes esas cartas que respiran sinceridad completa. Tuvo el fin de Zentres, personaje en que él mis-

mo trató de retratarse en su primera novela, *Al Cielo por el sufrimiento*.² El tema de esta obra son las costumbres de la alta sociedad francesa en aquellos tiempos, tanto en su parte piadosa y sensata, como en la brillante y descocada actuación de los que aparecen a los ojos del vulgo como verdaderos exponentes de las altas clases francesas. El oropel de la caridad mundana, tan bien descrito por Hidalgo en sus novelitas, contrasta con la auténtica obra social que realiza la mayoría de las antiguas familias, piadosas y respetables.

La introducción, las notas al pie de la página y el arreglo de la correspondencia que ha hecho la señora Bernal, son excelentes; facilitando mucho la unidad cronológica de las cartas y la comprensión de los hechos narrados en ellas; las advertencias, el epílogo y las aclaraciones que intercala la editora, lo mismo que las notas finales. Son excelentes las ilustraciones que adornan la obra y en todo se ve la mano fina de una dama culta y de buen gusto.

Mucho es de desearse que sigan apareciendo las memorias y correspondencia que sin duda aún permanecen ocultas entre las familias de los que destacaron de alguna manera durante el siglo XIX, para poder realmente tener conocimiento de esa centuria, que ha sido escrita únicamente con criterios unilaterales por los miembros de los partidos que se disputaban el poder. Aparte de su valor histórico, esas correspondencias y memorias tienen casi siempre un gran contenido humano que hace su lectura amena, como lo es, particularmente, la de las cartas de que tratamos.

Ricardo LANCASTER-JONES,
Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística

LA POLÍTICA DE ESTADOS UNIDOS EN AMÉRICA LATINA

Este libro* ha sido escrito con material de primera mano recogido en numerosos archivos particulares, principalmente en el del presidente Woodrow Wilson y en los de algunos de sus principales colaboradores, como Bryan, Lansing, etc.

² *Al Cielo por el Sufrimiento. Ensayo por don José Manuel Hidalgo Ad alta per ardua*. Edición privada, París, Garnier Hermanos, Libreros-Editores, 6 Rue de Saints-Pères, 6, 1889.

* A. S. LINK, *La política de Estados Unidos en América Latina (1913-1916)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 292 pp.